

**RICARDO
PIGLIA**

**Prisión
perpetua**

with us

11/11/11

11



Este volumen está formado por dos novelas cortas escritas casi simultáneamente, «Prisión perpetua» y «Encuentro en Saint-Nazaire». En ellas se adivina la afición de Piglia por combinar géneros muy diferentes en un mismo texto, de modo que el lector pueda hallar destellos del relato policial, filológico y fantástico, así como la lógica del discurso ensayístico y la intimidad del diario. El resultado final es una peculiar miscelánea de inspiración borgeana; una manera de narrar que transcurre en un ámbito cerrado —una «novela carcelaria»—, que sirve también como clave de lectura de otras obras, anteriores y posteriores, de Ricardo Piglia.

A Beba Eguía

I don't express myself in my painting.
I express my not-self.

MARK ROTHKO

Prisión perpetua

En otro país

I

Una vez mi padre me dio un consejo que nunca pude olvidar: «¡También los paranoicos tienen enemigos!», me dijo, a los gritos, en el teléfono, tratando de hacerse entender desde la lejanía, en febrero o marzo de 1957. No era un consejo pero siempre lo usé así: una máxima privada que condensa la experiencia de una vida. Esa frase era el fin de un relato, el cristal donde se reflejaba la catástrofe. Mi padre había estado casi un año preso porque salió a defender a Perón en el 55 y de golpe la historia argentina le parecía un complot tramado para destruirlo.

Se crió en el campo, un médico de provincia que cuando tomaba y estaba alegre enfurecía a mi madre cantando «La pulpera de Santa Lucía» con una variante obscena que había aprendido en un prostíbulo de Trenque Lauquen. Se hizo peronista en el 45 y fue peronista toda la vida. Los acontecimientos se encadenaron para hacerlo abdicar pero él se mantuvo firme. Salió de la cárcel y se siguió reuniendo con los compañeros del movimiento (como los llamaba) que venían a casa a imaginar la vuelta de Perón.

Hay hombres sobrios y aplomados, a los que la desgracia los quiebra por adentro, sin que se vea. No saben quejarse, son ceremoniosos y gentiles, piensan que los demás actuarán con la misma magnanimidad que ellos usan en la vida. El punto de máxima ruptura se produce cuando empieza el desengaño.

El 55 fue el año de la desdicha y el 56 fue el de la cárcel y el 57 fue todavía peor. Las cosas siempre pueden empeorar: ésa es la tradición de los vencidos.

Estaba acorralado y decidió escapar. En marzo del 57 abandonamos medio clandestinamente Adrogué, un suburbio de Buenos Aires donde yo había nacido y donde había nacido mi madre, y nos fuimos a Mar del Plata, una ciudad que está a cuatrocientos kilómetros al sur de la provincia de Buenos Aires. Subimos los muebles a un camión, yo viajé entre las sogas y los bultos; sentado en un canasto de mimbre miraba pasar las poblaciones, las vacas, la mansedumbre idiota de la llanura. En Mar del Plata, el amigo de un amigo le consiguió un lugar donde abrir un consultorio. A los cuarenta años iba a empezar de nuevo. Se daba ánimo pero ya no se repuso y antes de morir, veinte años después, seguía aferrado al rencor que produce la injusticia.

La historia de mi padre no es la historia que quiero contar. La convención pide que yo les hable de mí pero el que escribe no puede hablar de sí mismo. El que escribe sólo puede hablar de su padre o de sus padres y de sus abuelos, de sus parentescos y genealogías. De modo que ésta será una historia de deudas como todas las historias verdaderas^[1].

Yo tenía dieciséis años. Viví ese viaje como un destierro. No quería irme del lugar donde había nacido, no podía concebir que se pudiera vivir en otro lado y de hecho después no me ha importado nunca el lugar donde he vivido.

Me acuerdo del silencio de los últimos días, de los amigos de mi padre que venían a medianoche a despedirnos. La cara esquiva de los que quieren darse ánimo y no encuentran las palabras. «Vea, doctor —le dijo un viejo que había conocido en la cárcel—, nos van a perseguir hasta matarnos a todos». «No es para tanto —le contestó mi padre—, tratan de asustarnos, no pueden matar a toda la gente». «Usted los conoce, doctor —le contestó el viejo—, son hijos y nietos y biznietos de asesinos». Entonces mi padre hizo un chiste pero el ambiente no se distendió. Sentados alrededor de una mesa, se despedían: nadie podía decir lo que otros querían escuchar.

Irse, para mi padre, fue un modo de reconocer que estaba fuera de juego. Un hombre puede sentir el peso de una derrota política como si se tratara de un dolor personal. Las noticias de los vencedores parecían cartas dirigidas personalmente a mi casa.

En esos días, en medio de la desbandada, en una de las habitaciones desmanteladas empecé a escribir un Diario. ¿Qué buscaba? Negar la realidad, rechazar lo que venía. La literatura es una forma privada de la utopía.

Jueves 3 de marzo de 1957. (Nos vamos pasado mañana). Decidí no despedirme de nadie. Despedirse de la gente me parece ridículo. Se saluda al que llega, al que uno encuentra, no al que se deja de ver. Gané al billar, hice dos tacadadas de nueve. Nunca había jugado tan bien. Tenía el corazón helado y el taco golpeaba con absoluta precisión. Pensé que construía las carambolas con el pensamiento. Jugar al billar es simple, hay que estar frío y saber anticipar. Después fuimos a la pileta y nos quedamos hasta tardísimo. Me zambullí del trampolín alto. Desde tan arriba las luces de la cancha de paleta flotaban en el agua.

Todo lo que hago me parece que lo hago por última vez.

Así empecé. Y todavía hoy sigo escribiendo ese Diario. Muchas cosas cambiaron desde entonces, pero me mantuve fiel a esa manía. Por supuesto, no hay nada más ridículo que la pretensión de registrar la propia vida. Uno se convierte automáticamente en un *clown*. Sin embargo estoy convencido de que si no hubiera empezado esa tarde a escribirlo jamás habría escrito otra cosa. Publiqué tres o cuatro libros y publicaré quizás algunos más sólo para justificar esa escritura. Por eso hablar de mí es hablar de ese Diario.

Todo lo que soy está ahí pero no hay más que palabras. Cambios en mi letra manuscrita.

A veces, cuando lo releo, me cuesta reconocer lo que he vivido. Hay episodios narrados ahí que he olvidado por completo. Existen en el Diario pero no en mis recuerdos. Y a la vez ciertos hechos que permanecen en mi memoria con la nitidez de una fotografía están ausentes como si nunca los hubiera vivido.

Casi no hay rastros, por ejemplo, de aquellos días, cuando llegamos a Mar del Plata, abatidos y en fuga. Me acuerdo con claridad de mi padre que abre la puerta de la calle España donde vamos a vivir y da vuelta la cara para sonreír, resignado, antes de empezar a elogiarnos las virtudes del lugar. Se había puesto una bufanda azul y el aire húmedo le empañaba los anteojos y trataba de parecer despreocupado y alegre mientras mi madre entraba en el pasillo. ¿Dónde estoy yo? Quizás atrás de mi madre, quizá ya he entrado en la casa. Invisible en el recuerdo, soy el que mira la escena.

Tengo la extraña sensación de haber vivido dos vidas. La que está escrita en los cuadernos y la que está fija en mis recuerdos. Son figuras, escenas, fragmentos de diálogos, restos muertos que renacen cada vez. Nunca coinciden o coinciden en acontecimientos mínimos que se disuelven en la maraña de los días.

Al principio las cosas fueron difíciles. No tenía nada que contar, mi vida era absolutamente trivial. Me gustan mucho los primeros años de mi Diario justamente porque allí luché con el vacío total. No pasaba nada, nunca pasa nada en realidad pero en aquel tiempo me preocupaba. Era muy ingenuo, estaba todo el tiempo buscando aventuras extraordinarias. Entonces empecé a robarle la experiencia a la gente conocida, las historias que yo me imaginaba que vivían cuando no estaban conmigo. Escribía muy bien en esa época, dicho sea de paso, mucho mejor que ahora. Tenía una convicción absoluta y el estilo no es otra cosa que la

convicción absoluta de tener un estilo. Ya oirán ustedes los ritmos de la prosa de mi juventud. ¿Qué será de ellos en esta lengua que no es la mía? Confío en que al menos persistan la furia y la desesperación con las que fueron escritos.

Lo cierto es que a los dieciséis años empiezo a escribir un Diario y escribo ahí unas historias cada vez más extravagantes sobre mí mismo y sobre mis amigos y de hecho me doy cuenta de que estoy haciendo ficción y empiezo a extraer de esos cuadernos mis primeros relatos. Para ese entonces estoy terminando el bachillerato y me ha sucedido, por fin, un acontecimiento extraordinario. Por una combinación rarísima de azares conozco en Mar del Plata a un tipo excepcional, a quien en un sentido le debo todo. Sin él yo no sería escritor; sin él yo no habría escrito los libros que escribí. Por él conocí la literatura norteamericana y por él me puse a aprender la lengua en la que estoy hablando con ustedes. Fue el primero que me habló de William Faulkner y el primero que me habló de Henry James y de Hortense Calisher y de Robert Lowell. Una tarde me trajo *The Great Gatsby* en una vieja edición de Scribner's y se empezó a reír cuando me dijo que ésa era la mejor *nouvelle* que se había escrito nunca.

Se llamaba Steve Ratliff y todos en Mar del Plata le decían «El inglés» pero había nacido en Nueva York en la calle 79 West frente al Central Park, como me contaba sin que yo, en aquel tiempo, pudiera imaginar otra cosa que las imágenes de Nueva York que había visto en el cine. Estoy seguro de que le hubiera gustado saber que yo lo recordaría, esta noche, en esta ciudad a la que él quería tanto y a la que nunca pudo volver y a la que sólo podía ver en los sueños. Llevaba siempre encima un mapa medio desvencijado de Manhattan y cuando estaba muy borracho lo abría para mostrarme las zonas del Village en las que había vivi-

do y el bar White Horse y el Hotel Chelsea, donde murió Dylan Thomas, y las cortadas sombrías del East River al borde del Hudson.

Ratliff era un hombre culto y refinado, que había estudiado en Harvard con Auden y con Edmund Wilson y había estado muy ligado al grupo de Conrad Aiken^[2].

Escribió toda su vida pero sólo publicó una serie de cuatro relatos en la revista *Story* que le dieron un prestigio instantáneo en los círculos literarios de Nueva York a comienzos de la década del cincuenta. En 1954, con su admirable «An American Romance» ganó el premio O'Henry al mejor cuento del año. Después quedó atrapado en una obsesión que lo hundió en el silencio y lo llevó a la muerte.

La construcción de la vida está dominada por los hechos y no por las convicciones. Algunos tratan de quebrar esa ley. Son los alquimistas de sí mismos. Ratliff era uno de ellos. Vivió su vida como si fuera la de otro, la puso al servicio de lo que quería escribir. Era un norteamericano; buscaba hundirse en el fluir de la experiencia para destilar el arte de la ficción. Se embarcó para conocer el mundo y anduvo navegando cerca de un año y tuvo una trágica historia de amor con una mujer en la Argentina y ya no se fue de mi país. Terminó trabajando en una compañía exportadora de pescado, en Mar del Plata. Cautivo de una pasión o del recuerdo de una pasión, se pasaba las noches tomando ginebra y hablando de literatura en el Ambos Mundos, un restaurante donde se come puchero después de medianoche que en aquel tiempo funcionaba con un bar al frente.

Cuando lo conocí, hacía años que trabajaba en una novela que parecía no tener fin. Me acuerdo de los cuadernos en los que escribía con una letra microscópica todas las variantes de un relato que proliferaba y se expandía.

La imagen de un hombre desterrado, prisionero de una historia siniestra, que se hunde de un modo maníaco en una novela interminable, encierra para mí un sentido que

nunca pude terminar de descifrar. A veces imagino la historia de Steve como un signo oscuro de mí mismo.

Hay días en que vuelvo a verlo en el bar del Ambos Mundos. Alto, de pelo colorado, usa un impermeable blanco; al sentarse se lo acomoda con un gesto rápido y hunde las manos en los bolsillos y empieza a desparramar sobre la mesa sus papeles y sus notas, como quien alza una trinchera. Está ahí, construido con restos del pasado: fiel a su obsesión, tiene la mirada maligna de los que se han dejado ganar por una ambición desmedida.

En mis Diarios de aquel tiempo su figura se construye y se pierde en la trama imperceptible de los días inolvidables de mi juventud.

La idea fija. Steve se interesa cuando sabe que mi padre es médico y que ha estado en la cárcel. Sólo el que ha estado en prisión puede hablar de enfermedades, dice. Quiere que mi padre sea su médico personal. Empiezan una conversación fantástica sobre el alcohol. Incidentalmente, dice mi padre, todo lo que se ha escrito sobre la bebida es absurdo. Hay que empezar otra vez por el principio. Beber es una actividad seria, desde siempre asociada con la filosofía. El que bebe, dice Steve, intenta disolver una obsesión. Hay que definir primero la magnitud de la obsesión. No hay nada más bello y perturbador que una idea fija. Inmóvil, detenida, un eje, un polo magnético, un campo de fuerzas psíquico que atrae y devora todo lo que encuentra. ¿Ha visto alguna vez una luz imantada? Se traga todos los insectos que se le acercan, los trata como si fueran de fierro. He visto volar interminablemente a una mariposa en el mismo lugar hasta morir de fatiga. Todos hablan de obsesiones, dice Steve, nadie las explica tal cual son. La obsesión se construye, dice mi padre, he visto construirse obsesiones como castillos de arena, sólo se necesita un acontecimiento que nos altere drásticamente la vida. Un acontecimiento o una

persona, dice mi padre, de los que no podemos discernir si nos ha cambiado la vida para bien o para mal. La estructura de una paradoja, dice Steve, un acontecimiento doble o vacilante en su ser. Nos marca, pero es moralmente ambiguo. La gente se mueve hacia el futuro, dice mi padre, descen-trada, sin orientación, fuera del camino en el que se movió en el pasado. Una amputación, dice mi padre, del sentido de la orientación. La obsesión nos hace perder el sentido del tiempo, uno confunde el pasado con el remordimiento.

La mujer del párroco. No hablo inglés, dijo Steve, escribo en inglés. Hablo una jerga que todos comprenden y escribo en una lengua privada. A los doce años descubrí la diferencia gracias a la mujer del párroco de la iglesia anabaptista del bajo Harlem a la que me llevaba mi madre. Esa mujer usaba un idioma personal, construido con citas y referencias bíblicas y fragmentos de los sermones dominicales de su marido que había terminado por aprenderse de memoria. Nadie puede imaginar la impresión de altivez que producían las cadencias de la conversación de esa mujer. Leía todo el tiempo la Biblia en la traducción del reverendo A. J. Andrew y por eso su inglés conservaba tonos de la vieja lengua vernácula con sus metáforas alambicadas y sus giros populares. Por primera vez comprendí que el lenguaje servía para otra cosa que para nombrar o dar órdenes. Todos los que hablaban con ella pensaban que estaba loca. Cuando eran benévolo imaginaban que sufría alguna dolencia que la obligaba a hablar de ese modo hermético y arrogante. Como si la mujer del párroco, dijo Steve, padeciera una forma antitética de la tartamudez.

La cárcel. Steve habla de la cárcel. La novela carcelaria. La celda de aislamiento. Los pensamientos circulares. Los tatuajes.

El hermano de Steve vivía en un ínfimo inquilinato de la calle 102 East. Había llegado la noche antes, en su primera visita a Nueva York después de años de encierro, con su mujer mexicana Natividad. Viajaron treinta y seis horas y bajaron del Greyhound y cruzaron la calle y entraron en el White Horse a tomarse una cerveza y desde entonces ese bar fue para mi hermano, contaba Steve, el símbolo de Nueva York.

Mi hermano no paraba de decirle a Natividad cosas así: ahora, nena, estamos en New York City y aunque no te dije todo lo que pensaba cuando cruzamos Missouri y sobre todo cuando pasamos por el reformatorio de Boneville, que me hizo acordar de mi encarcelamiento, entonces, quiero decir que es absolutamente necesario que posterguemos todo lo referente a nuestros amores personales y empece-mos enseguida a pensar en planes específicos de trabajo y de realización económica. Y así sucesivamente, contó Steve, con el recorrido circular de quien ha estado en prisión.

La voz cantante. Mi padre, dijo Steve, dice que la mejor historia del mundo es la más fácil de contar. Conoce varias. Por ejemplo la historia de Randolph, un agrimensor que anduvo levantando mapas por el delta del Mississippi y se encontró con un viejo que había estado escondido en las islas desde la época de la guerra.

Tenía así casi setenta años y vivía en una balsa y se alimentaba de pescado. Su única preocupación era un transmisor de onda corta que cuidaba más que a su alma. Parece que durante la guerra había tenido problemas con el ejército norteamericano y entonces se escondió en los pantanos y desde ahí transmitía sus mensajes en inglés y en italiano. Uno de sus temas favoritos era la usura, el carácter satánico del dinero. Le hablaba directamente al presidente de los Estados Unidos, que seguía siendo Truman según el viejo. Cada tanto cambiaba de frecuencia para no ser inter-

ceptado por el FBI. A veces cuando estaba muy borracho se ponía a cantar «My Darling Clementine» mientras la balsa navegaba por los riachos pantanosos.

La cajera. Parábamos entonces en el White Horse, unos tipos jugaban al billar, la rubia de la caja se levantaba cada tanto y ponía monedas en la victrola, sin mirar las teclas, de memoria, los ojos en la luz de neón, los mismos discos, una y otra vez. Después volvía a sentarse en el taburete de patas de caña, en un costado del mostrador, mascaba chicle, miraba al aire, cruzaba el pie izquierdo en el tobillo de la pierna derecha, movía apenas la cabeza al compás de la canción de Frankie Lane. Cada vez que cambiaba de posición se acomodaba las medias con un gesto suave, la palma de la mano derecha en la pantorrilla de la pierna izquierda. Calculé que pasaba ocho horas ahí, todos los días, repitiendo esa red invariable de gestos. Me di cuenta de que era igual a mí. Porque los últimos días de las últimas semanas habían sido iguales a los últimos días de los últimos meses de mi vida.

Un padre. Encontré en el diario una historia que vale la pena, dijo hoy Steve. Un tipo había matado a su mujer y a su hija menor y había enterrado los cuerpos en los fondos del club donde trabajaba de jardinero. Tapó el arma con una almohada para no verle la cara a su hija y ahogar el ruido. En su descargo dijo que estaba convencido de que su mujer era una prostituta y no quería que su hija siguiera el mismo camino.

Saber vender. Mi padre, dijo Ratliff, fue un narrador excepcional. Vendía máquinas de coser por el campo. Andaba de un lado a otro, con un camioncito entoldado, y paraba en las chacras y se sentaba a la sombra de los tilos a conversar